

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO XIV

Valladolid: Octubre de 1916.

Núm. 166

LA FASTIGINIA

(Continuación) ⁽¹⁾

La tercera salida de verano y paseo de todo el estío es el celebrado Prado de la Magdalena, con dos pares de aceñas con que el Esgueva le está refrescando, cayendo de alto; y luego se esparce por medio de él, acariciando á todos los coches y caballos que por él andan, sin turbarse ni mudar la color. Tendrá este bosque de álamos en redondo más de cuatro mil pasos, todo cortado por los brazos del Esgueva, con puentes de piedra y de madera para la gente, y no tiene nada artificial, como queda dicho.

A más de este Prado se sale al campo á lo largo, por donde pasa el otro brazo del Esgueva, donde lavan, á lo que nosotros llamábamos Ostende, por un muro viejo de tapia que allí hay, y cuando alguno se apartaba de los demás, decíamos que iba á batallar ó combatir á Ostende.

También sobre San Pedro, por Santa Clara, queda otra salida, y está todo el Prado, por esta parte, cercado de huertas y árboles frutales muy frescos, todos con sus norias para el riego.

Tratado de la familia y cualidades de la novia, vengamos al dote y ajuar, antes de llegarnos á lo principal, que son sus buenas costumbres.

Tiene Valladolid de renta 200.000 cruzados, que gasta cada año, de ciertos impuestos y tributos sacados de la carne y el vino. Están á más de eso arrendados los derechos del vino en

100.000 cruzados, los de la lana en 34.000, y así los de las demás cosas. Gobiérnase por 29 regidores y su corregidor, que son como *juiz* y *ve-readores* (1). Son oficios que se compran, y el duque de Lerma es uno de ellos; de los demás, la mayor parte son hidalgos. Y este es el acompañamiento de la novia, á que llaman *regimiento*, y á la cámara *consistorio*.

Cuanto á *bucólicos*, en que los castellanos vencen á Virgilio, la tasa del trigo es á cruzado la fanega y á 280 (2) la cebada; con la corte vino últimamente á valer más y á haber mucha falta y poco orden en el aprovisionamiento.

El pan es todo como macizo. Viene de fuera, de las aldeas, en borricos, de los cuales entran cada día 400 ó 500 cargados. Después que nos conocieron, hacen ya en la ciudad los panaderos que de aquí llevaron, molletes, á que llaman *panecillos* ó *pan de leche*, que es tan bueno como el nuestro de Lisboa; mas si llueve ó se baja el precio, siéntese notable falta, porque las de las aldeas ponen sitio á la ciudad, subiéndola el pienso.

El carnero no hay que encarecer, sino ser el mejor del mundo, y estar los viernes colgados en el Rastro, donde se venden á ojo, quinientos ó seiscientos, como pájaros, con las ancas deshechas, tan gordos que se anda tomando de los magros,

(1) Véanse los números 123 á 125, 127, 128, 131, 133 á 136, 138, 140, 143, 145, 147 á 153, 157, 158, 160, 162 á 165.

(1) Nombres que aquellos cargos tenían en Portugal.
(2) Serán maravedís.

y pesa un carnero sesenta y setenta arrates. Sale á cerca de 30 de nuestra moneda y á las veces mucho menos; en las otras carnicerías se vende á peso, excelentísimo. La vaca también es buenísima, aunque en ciertas ocasiones no la dejan matar, por consumirse y ser mejor el carnero, y yo la tengo por más sabrosa que la nuestra.

En la plaza de las aves hay ordinariamente seis y siete mil capones y gallinas muertas, medio dospalumadas, como tordos, é infinitos puercos nuevos de leche. Vale cada gallina buena 200 reis! El pavo bueno 600 reis! Conejos 100 y 120 reis! Perdices lo mismo, pero no se hallan.

Los patos tienen allí mucho mejor comer que los de acá, siendo ordinariamente menos sabrosas las aves de allí que las de aquí, porque son insípidas, y por ser más vanas ó fofas, no tienen tanta sustancia ó peso. Lo mismo entiendo de los otros mantenimientos, porque una persona come allí incomparablemente más, y se almuerza y merienda, sin empacharse tanto como aquí.

El vino bueno es el blanco y nadie bebe el aloque, que es el rojo, y es muy sucio. Lo bueno es muy caro y lo ordinario á cuatro maravedís. Las frutas son muchas y muy excelentes, porque sus guindas garrafales son como se sabe, y muchas cerezas, y todas de las que en Coimbra llaman de saco, y ninguna comparación tienen las de Lisboa con ellas, ni ningunas otras, y hay infinitas. Albérchigos y frutas nuevas son las mismas nuestras; camuesas de tres ó cuatro en un arrate, y no tienen comparación con las nuestras, y duran casi todo el año.

También nos llevan ventaja en las bergamotas, aunque pocas, y en las peras de Aragón, que son muchas y duran todo el invierno. Con los membrillos ninguna comparación tienen los nuestros, porque son tan blandos que no vale nada la mermelada de ellos. Melocotones y uvas moscateles duran todo el año: limones de Valencia cosa superior, aunque caros; las granadas de Granada y las de Jaén son la mejor cosa que puede haber y duran hasta la Pascua. Manzanas, excelentes.

De suerte que en esto nos llevan ventaja, porque todo lo que hay en toda Castilla, halla dinero que por las puertas andan buscando con ello. La mejor cosa que allí ví fueron las natillas que se hacen en la misma ciudad, y requesones y mantequilla cruda, que de todo cuanto comí, desde que tengo uso de razón, no ví cosa mejor, y todo lo de leche es muy barato, y mientras es su tiempo andan más de 200 borricos cargados de ello por la calle. Melones hay todo el año, pero muy insípidos.

En cuanto al pescado, como es tierra mediterránea, tiene falta de él, aunque viene de Vizcaya

la que llaman merluza, mas de maravilla llega buena, y viene otro pescado, no bueno. Solamente en la cuaresma hay los besugos de Santander, en gran abundancia y fresquísimos, á treinta maravedís el arrate y á veinte; y, en cuanto á mí, ningún pez me sabe mejor ni tan bien como él, aunque entre necios de Portugal no me atrevo á decirlo.

Los ordinarios tienen dos arrates y medio ó tres, y son nuestros sargos en la vista, mas en el sabor, carne y blancura son salmonetes. No falta salmón fresco, pero á 260 reis el arrate y no muy bueno. Hay muchos otros de escabeche, besugos, sardinas y lenguados, todo el año, sin faltar.

Lo que más se debe notar es el número infinito de truchas que viene de Burgos y Rioseco, porque no se puede creer que haya días en que medio Valladolid como truchas, como si fueran cargas de pescada; y yo ví en San Pablo encargar á los hombres que tratan en eso cuatro ó cinco arrobas de truchas para ciertos días, y traerlas, que parece imposible sacar de un río cuatro arrobas de peces hoy, y mañana otras tantas. Son algunos de muchos arrates, y otros cosa desagradable. El duque de Lerma mandó á los frailes una trucha en un tablero de que hicieron partición á ciento ochenta frailes, por tener que contar; y es una de las cosas que más me asombraron, desde que entiendo, este negocio de truchas.

Tiene también mucha cantidad de barbos, de tres ó cuatro arrates muchos, y arriéndase un barco que va detrás de la isla de San Jerónimo en 1.200 cruzados. También es cosa notable la cantidad de ranas que se venden sin faltar nunca, y caracoles, cosa que nunca pude comer.

Pescada seca y lechones vienen de Galicia y son mejores que todo lo nuestro. A más de estos simples tienen otros compuestos, que son las cocinas de muchos señores, donde siempre se hallan empanadas, tortas, frutas y toda clase de cosas, como tengo dicho en estas décadas al 6 de Julio, donde lloramos la expulsión de los figones (1), en cuyo lugar quedaron los cocineros y más de cincuenta casas con tablillas á la puerta, en que se dice que se hacen allí manjares de toda suerte. Con estos platos, aunque mal guisados, dejamos satisfecha la boda de nuestra novia, porque en cuanto á los dulces y diversidad de ellos y tiendas en que se venden, hemos hecho plato bastante en dicho día, y con este postre vamos adelante, y así demos agua á las manos con las vasijas de vidrio de Valladolid, que son cosa bellísima y se pueden ir á ver por gusto.

(1) V. pág. 129.

Vidrios grandísimos como cántaros, con todas las hechuras y colores, y otros á que llaman penados, como cantimploras, que destilan agua sin pena ni trabajo, retortas, y de mil invenciones que aquí no vimos nunca, y no muy caro; é igualmente nuestros búcaros de Extremoz, que allí se gastan mucho, y otros de Palencia, que en nada se diferencian sino en no ser tan bueno el olor, pero más perfectos, ligeros y labrados; y otros de toda suerte, á que llaman barrilillos, que llevan al pescuezo, como brincos de oro; mas los vidrios son cosa bellísima, y de ellos hay seis tiendas principales, y en ellas también muchas porcelanas, por el mismo precio de Portugal.

Olvidábame el mayor regalo que tiene Castilla, que es la nieve en el verano, que nunca falta, y sólo por ella se pudiera ir allá, con más razón que los franceses por los vinos de Italia y los ingleses por los higos del Algarbe, y aquí en la tierra no hay mayor deleite que agua fría en el verano y fruta con nieve. La otra delicia es el agua, que es muy buena, y la venden en vidrios hermosísimos, con su bordado.

Vengamos ya á las joyas, alhajas y lozanías de nuestra desposada, para lo que hay las más y mejores tiendas y almacenes de todas las sedas y brocados que puede haber en parte alguna; y lo que destroza a los señores es ser costumbre mandar á las mujeres por todo lo que quieren sin dar cuenta á los maridos, sino al pedir el pago, y lo mismo las novias, y ellos son muy fáciles en fiar, por lo fácil que les es el ejecutar, y todo el mundo tiene con ellos crédito abierto para dar á las mujeres, porque saben que les han de pagar á pedir de boca, y así nadie se puede excusar con ellas con no llevar dinero para dejar de darlas sus ferias, que ellas no guardan nunca en el pedir ni las de Pascuas ni las de las cosechas, porque, como decía una: «Ni entre damas hay días de ayuno, ni en galanes santos de guardar» (1).

Son también de grandísima comodidad las tiendas de vestidos, hechos de toda clase de sedas y riqueza de obra y guarniciones, principalmente faldellines con muchas randas de oro, ropones y basquiñas de muchas maneras, y libreas para muchos criados, hechas al instante para grandes y chicos, que el mismo día en que llega una persona, puede salir con cuantos pajes quisiera de librea, y él de la misma suerte, y halla luego caballo con gualdrapa por cuatro reales, lacayos de calzas por dos, y pajes que le acompañen, que es grandísima comodidad, y las mujeres sillas.

Una de las más notables cosas y que más

holgaba de ver en la corte eran las almonedas, porque en muriendo un señor ó mujer, se vende cuanto hay en casa, y si el viudo ó el hijo quieren alguna cosa, ha de comprarlo en su parte, y es muy acostumbrado, para que haya igualdad.

Ver aquí las riquezas, la brutalidad de los vestidos (1), es cosa que no se puede comprender, porque en esto, ó sea muebles de casa, son todos príncipes. En la de la marquesa de Mondéjar vi doce sayas largas ó cotas de cola, todas de tela bordada, y algunas con aljófar, á más de otro número infinito de otras diabluras.

En la de la Marquesa del Valle escogió la reina lo bueno, y sin embargo vi de su oratorio tres cruces de vidrio, de á vara, con lacerías de oro, cosa del cielo, vasos del mismo oratorio de mucho precio, que es vergüenza decirlo. Seis retablos de ébano con puertas, de reliquias, cada uná de 800 cruzados; las imágenes de oro y con piedras, y las incrustaciones de plata, no se puede creer; y todo en venta.

En la de D. Antonio de Bañuelos vi veintisiete gorras de velludo y dieciocho calzas de canutillo de plata ú oro sobre gamuza, á más de las otras de seda y de las negras, que no tenían número, ni las capas, con lo demás.

Por aquí concluyo con lo mejor, que son las tiendas de guantes, brincos, aderezos de mujeres, cadenas, plumas, medias y otras cosas, que son muchas, y todas con tenderas peripuestas y el empleo de la corte, y no hay cosa que allí no se halle; y así, me acuerdo de una letanía que hicimos, y es la que se sigue:

LETANÍA

Arandelas, lechuguillas,
velos, rebozos, listones,
periquitos, gargantillas,
plumas, moldes, gargantillas,
redes, pechos, cabezones.
Tocas, cofias y guarines,
trenzas, nastos, trenzadillos,
cintas, bolsos y velillos,
guantes de ámbar y jazmines
de flores, perro y polvillos.
Firmales y prendederos,
cebellinas, florecillas,
fluques, cintas, vivos, ceros,
braceletes y manillas.
Petrinas y trezaderas,
alzacuellos, abanillos,
rebozos, leques, arillos,
arracadas y gorgueras,
firmales y regalillos.
Guantes de Ocaria y de flores,
ligas, medias, zapatillos,
chapines, randas, cintillos,
valonas, apretadores,
piernas, rodillas, tobillos.

(1) En castellano.

(1) La frase es de Pinheiro.

Con toda esta buhonería sale cada una el día de fiesta, que son para ellas trescientos sesenta y cinco y más las seis horas, porque ninguna pierden, ni dejan cosa en el arca que no lleven sobre sí. Su traje es notorio y mucho mejor y más fácil que el nuestro y más lucido. No llevan verdugado sino con arandela y gorguera. De negro andan muy pocas veces; lo ordinario es ahora escapulario ó colgante leonado. Mantos ya no hay, sino soplillos y gorras.

Précianse de andar seguras y pisar bien, y así lo hacen, á la verdad, y acomodan muy bien las piernas, y no con los melindres de nuestras reinas Esteres, que para uso ordinario es cosa enfadosísima. Ninguna trae paje de apoyo ni se acompaña de pajes, sino de escuderos, ni vi nunca, que recuerde, acompañar á señora ningún paje, y también, como andan en coche, no tienen necesidad de ellos; y, cuando salen á pie, es con una criada embozada ó escudero, y nadie las puede quitar la confianza, aire y seguridad con que andan y pasean una calle.

Conformándonos con la doctrina de Aristóteles y San Pablo, que dicen que es primero lo animal que lo espiritual, el cuerpo que el alma, hemos tratado de las dotes corporales de la novia; resta hablar de las dotes del alma, porque hasta ahora es como estatua de barro en cuanto no le animamos el espíritu, que la hace hermosa y la da el sér.

Y porque no digáis que os doy novia rica, pero mal enseñada, oid su buen natural y después no os espantéis de sus mañas, pues es mujer; con razón decimos de ellas: «Mi olla, mi puta, mi misa» (1), porque en las misas son más continuas que nosotros y todo hombre oye misa á diario. Quitando los días de obligación, en que, por la concurrencia de gente, hablan mucho, en los otros la oyen con mucha atención y devoción toda entera y encima del padre, donde lo oigan todo, y no con las epiqueyas con que oímos media misa y desde fuera de la puerta; con lo cual no oímos nada; y son muy largos en mandarlas decir y en las limosnas de ellas y con las cosas de devoción son mucho más piadosos que nosotros, como se ve en la frecuencia con que San Llorente está lleno día y noche, en las piezas que dan de lámparas y cera, que cuelgan, lienzos, muletas y otras cosas, en reconocimiento de las mercedes que Dios les hace, de que están las capillas cuajadas.

Lo que mejor me pareció fué las innumerables reliquias que tienen, que no hay monasterio que no tenga su tesoro, el altar de cuerpos de plata ó madera, brazos ó cabezas de santos y vír-

genes perfectísimos, que holgaba mucho de ver. A los sermones acude menos gente, mas nadie habla una palabra mientras están en él. Llevan sillas de respaldo, que es grande indecencia y estorbo para el paso, y á muchos les llevan almohadillas para arrodillarse.

Ninguna persona ni título tiene lugar cierto, sino sentarse donde puede alcanzar y encima del padre que dice la misa. Algunos días llevan seis docenas de almohadillas, porque alcatifas nadie lleva; á otras cosas, que es lo ordinario, van solos en su coche con una criada, y siéntanse donde les dan lugar, lo que se hace con mucha cortesía, porque también ellas la saben tener. Y en levantándose ó haciendo lugar una persona, luego lo agradecen no solamente con mesura, sino de palabra, en lo que son muy corteses, y parece muy bien; y también son muy modestos en empujar y colocarse, y nunca oí una mala palabra, ni pelea, ni descortesía en esta parte.

Y con venir á cada momento pícaros que se van á sentar delante de señores ó en el regazo de sus mujeres, si un amigo va á quitarlos, le hacen volver á poner, diciendo: «Déjele V. Md., que está en la iglesia» (1). En efecto, son hombres en la llaneza. Y nosotros ¡cuitados! con nuestros puntillos.

Estando yo una vez en San Francisco entró una señora rebozada, á la que hicimos lugar, y queriendo quitar á un pícaro, que no quería apartarse, dijo ella: «Déjele V. Md. Oiremos misa con merecimiento» (2). Comenzó Constantino de Mene-lao á asediar con sus ojos, y con ser el pícaro un nublado que se oponía al sol, y que venía á ver á Dios y Dios le venía á ver á él con tal vecina, y ella se reía, hasta que le dijo una dueña: «Mire V. Md. con quien habla, que es la señora Marquesa de Falces» (3). Y repuso el Constantino: «Pues, mujer, ¿en qué estoy engañado? ¡Marquesa y con tales ojos! Juro á Dios que aquí se ha de vender la capa!» Y ella, muerta de risa, dijo á la dueña: «Dejadle enhoramala. ¿Qué sabéis vos las mercedes que Dios le tiene guardadas?» Y, sin embargo, nos apartamos un poco, lo que ella agradeció con reverencia cuando se fué; y dijo á la dueña: «Hasta á los lanceros portugueses quiero bien, porque todos tienen buen entendimiento y mejor donaire» (4).

En los bautismos tienen las costumbres que contamos en lo que apuntamos de estos comentarios en Junio. En las bodas tienen las velaciones antiguas, y después de desposadas van por

(1) En castellano.

(1) En castellano.

(2) En castellano.

(3) En castellano.

(4) En castellano.

las bendiciones á la iglesia, y en la misa están con un velo sobre la cabeza, y por eso se llaman veladas, y una cinta de seda con que los tienen sujetos; y acabadas las oraciones, les dejan la estola como yugo al pescuezo y dan con ella un nudo en las manos de ambos. Hecho esto, besa primero el padrino la mano al cura y luego el novio, é igualmente la madrina y la novia.

Por la noche hacen su sarao con amigos y amigas. Una vez vi casar en el Salvador á un ciego con una ciega y les dimos todos limosna, pidiéndola un hidalgo que allí se halló. Y diciendo unas mujeres: «Éstos ¿para qué se casan? Que es lástima, siendo ciegos.» Repuso él: «Pluguiera á Dios que fuera también muda, que no se hubieran de casar sino los ciegos, porque nunca la mano yerra la boca, y ahórranse hartas pesadumbres.» Y diciendo una: «Enhoramala para el novio: ¿y qué pesadumbres?», respondió él: «Calle, señora, que á quien Dios da ojos siempre tiene que ver y que llorar» (1).

En los entierros se guarda nuestra antigua costumbre de acompañar el viudo á la mujer hasta la fosa, la más alegre salida que tiene la casa del casado. Al año y mes llevan carneros, odres de vino, sacos de pan, que ponen sobre la sepultura y se le consiente en la iglesia; por eso debe de ser buena costumbre, aunque mandarlo á casa se acostumbra en otras partes.

No llevan capuz sino treinta días, sombreros forrados sin velo el mismo día y luego lechuguilla y cuellos abiertos, paño liso, y las mujeres tocas de dueña con sus copetes en la cabeza, con lo que quedan más lozanas y puestas que las doncellas con sus arandelas y periquitos. No hay gritar ni clamar, sino *muertos á la cueva, vivos á la olla* (2); y si lo hacen con la modestia y sufrimiento cristiano, me parece mejor que los fingimientos, gazmoñerías y extremos que ordinariamente hacen las que ya tienen dada palabra, como decía la otra al marido: que fuese su alma muy consolada, que no casaría con quien se temía, porque ya tenía dada palabra á otro.

Y, con efecto, lo que tienen en el corazón muestran en el traje; y diciendo yo una vez á una mujer de un alguacil viuda por qué mentía en llorar, porque siempre la ví desear la muerte del marido, respondió: «No miento, en verdad, que aunque un ojo se me ríe, otro me llora» (3). Esta tenía tomada palabra á un amigo, que zumbaba de ella, que como muriese el marido se había de cargar con ella; y diciendo yo que de esa suerte le mataría, respondió: «Eso no, mátele

Dios, que yo venderé la saya para llevarle á la cueva y el manto por levantarle de la cama, porque deseo mi descanso y no su muerte» (1). En fin, «cá e la, más fadas ha» (2); *cual más, cual menos, toda la lana es pelos*; mas no hay hipocresía en Castilla, ni envidia, ni fingimientos.

De aquí nacen dos excelencias. La primera, que no hay aquella cuadrilla de bribonas ociosas y mal criadas, profesoras de la murmuración, soberbia y descortesía, á que llamamos beatas, de quienes leí en un sermón satírico esta leyenda y cayóme en gracia la costumbre del mundo: no tienen los fariseos escrúpulo de comprar la sangre justa é inocente por treinta dineros y tiénelo de meter las monedas en la bolsa del templo; ningún escrúpulo de poner á Cristo Nuestro Señor en una cruz y muy muertos porque no quede en ella el sábado. De este número son las beatas, que se acusan de dar un punto el domingo, y no de no coser otro tanto en toda la semana, estando descosiendo por las vidas ajenas desde el sábado hasta el domingo; grande escrúpulo sobre averiguar si el gato á quien dió la puñada era gato ó gata, y ninguno de ir á la iglesia y dar aire de sí á cuantos gatos hay en el refectorio y cuantos perros entran en la iglesia; grande escrúpulo de escupir en la iglesia y ninguno de llevar en las almas un montón de inmundicias y poner manchas en las honras de todas las buenas; grande escrúpulo que tienen del escándalo de la vida mala de la vecina y ninguno del que causan sus visitas y confesiones á toda la gente de la vecindad. Y, finalmente, grande escrúpulo y penitencia porque respondió *amén* á una misa y ninguno por ser calendario de las vidas ajenas, porque hasta sus confesiones más son adornos de culpas que confesiones de pecados, y más van á abogar por sus errores que á acusarse de ellos; porque de modo disimulan sus odios y disoluciones con las malas condiciones de los maridos y vecinas é importunaciones de las terceras, que más confiesan culpas ajenas que descubren las suyas.

De modo que tenía razón el otro cura, que no quería confesar en cuaresma á ningún vecino de cierta beata, y dando queja de ello al obispo, dió por disculpa que ya estaban confesados, porque había ido allí una beata que vivía por aquella calle, que los confesara á todos. ¿Qué tiene que decir una beata cuatro horas al confesor sino de vidas ajenas? Y el padre predicador bien estaba en las oraciones de las beatas. Ahora bien, Valladolid está libre de esta peste ociosa; hacen punto en boca y ninguno en la costura ajena.

(1) En castellano el diálogo.

(2) En castellano.

(3) En castellano.

(1) En castellano.

(2) Refrán portugués.

Síguese otra inmunidad eclesiástica y refo-
 rmación monástica, y es que los frailes ayunan en
 Valladolid como cualquier pecador, y el que no
 quiere ser dominico ha de contentarse con oveja
 ó puerca, porque no alcanzan las gallinas, ni lle-
 gan á ave de pluma; y la razón es que en Portu-
 gal las fortalezas más guardadas, como puestas
 en cerco, corren más peligro y se entregan al
 hambre; y en Castilla, como la tierra es tan fértil
 y ocasionada, no es necesario recurrir á la limos-
 na de los frailes y sobras de los pajes, como en
 nuestra patria, donde hacen verdaderamente de
 necesidad virtud; y como son teólogas, entienden
 que en ellas es lícito valerse del pan de las ofer-
 tas del altar, á falta del de la tierra, y ellos no
 salen engañados en la simonía, dando con su
 conversación lo espiritual, que profesan, por lo
 corporal, que reciben, con lo cual en esta permuta-
 ción da cada uno lo que le sobra por remediar
 lo que le falta, y no se llaman á engaño, pues
 para alcanzar los bienes del alma es justo que
 padezca el cuerpo.

Mas en Castilla no se sufren simonías; y, así,
 oí yo á D.^a Isabel de Castro, en Sancti Spiritus,
 que, echándola un carmelita unos requiebros y
 dejando caer en su hombro la capa, dijo ella
 «que hacía como su P. Elías, que le pedían espí-
 ritu y él largaba la capa» (1); y siendo así obliga-
 ción, parece de gente liberal por quien da la
 capa despojarse de la camisa, que con la primera
 letra del a b c saben las niñas hacer del manto
 manta, y al contrario, y los achaques son á las
 veces remedio de muchas enfermedades, por
 donde con razón contaba una vecina mía que
 respondió á un fraile que la mandó un poco de
 carnero y vino luego á visitarla, y llegándose al
 pulso, por ser doctor *in utroque* y médico corpo-
 ral y espiritual, le dijo: «Padre mío, á una enfer-
 ma súpese darle un poco de carnero, mas lleve
 V. R. el suyo, pues pensé que tenía carnero y
 vuélveseme garañón» (2).

Bien estaba en esta cuenta el hidalgo portu-
 gués, que estando viendo una procesión, dijo á
 un hijo segundo que se hiciera fraile, añadiendo:
 «Si fueras buen fraile, para tí se harían las mitras,
 y si malo, tendrás las mejores piernas de Portu-
 gal.» En efecto, en Castilla es necesario andar de
 limosna, como el otro que, diciendo una tejedora
 maliciosa á un novicio que no tenía qué darle
 como no quisiera un pedazo de una pierna, y
 yendo con mucha vergüenza á contarlo al com-
 pañero, como más diestro en no repudiar lo que
 el diablo le da, tornó á volver diciendo: «Señora,

venía por aquella suya limosna que ofreció al
 padre compañero» (1).

Concluyo que las castellanas no quieren ropas
 largas, sino plumas y más plumas, regalos, pa-
 seos, coches y galas; y la libertad en que se crían
 las hace no querer aperturas de religión.

No dejaré de decir que hay infinitos religiosos
 muy santos, y son todos, pues el peor de ellos
 es mejor que el seglar perfecto, y tengo por cierto
 que muy pocos religiosos se pierden, y no sé
 cuántos legos se salvan; porque, aunque se puede
 salvar el ladrón y condenar Judas Apóstol, sin
 embargo el estado del fraile es cielo y el del ca-
 sado infierno, y es necesario ser muy mal fraile
 para perderse, y muy buen seglar para salvarse,
 que el curso de aquel río es paraíso, el de éste
 Estigio, mas por pasatiempos se dicen estas ver-
 dades.

No piden por las calles, sino subiendo á las
 casas y casi nunca. Madres mías y primer amor
 mío, compañeras en mi estado de inocencia y
 bien que perdí juntamente con ella: quisiera ha-
 ceros una fiesta de nueve lecciones sin descasros
 de los padres confesores; mas, en lo que puedo
 decir sobre el común de las vírgenes, se ha de
 acudir al 21 de Julio en lo relativo á las monjas
 y las mártires. Solamente haré conmemoración ó
 lamentación de veros fuera de vuestro lugar en
 la corte, porque como solamente la del cielo es
 merecedora de tales moradoras, el mundo no os
 conoce, y en la corte os estiman como vosotras
 merecéis.

En fin, pésame mucho; mas estos mundanos
 y mundanas no saben á qué saben los bienes del
 cielo, y así estáis á la pala (?) si no hay algún
 portugués. Y tampoco se puede dar mayor esto-
 cada á una dama que decir que un hombre
 quiere á monjas, porque no lo pueden sufrir.

Y defendiendo yo vuestra causa delante de
 D.^a María de Herrera, que tenía una hija muy
 hermosa y noble que estaba cantando, me dijo:
 «¡Válgame Dios! ¿quién tal pensara? ¿Y qué quie-
 re V. M. de una monja?» Respondíla: «Lo que
 quiero de mí, señora doña María.» Dijo la moza:
 «¿Y qué quiere V. M. ó puede esperar de ella?»
 Respondí: «Lo que no espero de V. M., que es
 que me quiera.» Repuso ella: «Si ansí es, hágale
 buen provecho, mas leí en mi breviario que más
 vale esperanza rica que mayorazgo pobre» (2).

En efecto, los que menos continúan los con-
 ventos son los frailes, porque como en las calles
 hallan los coches, no quieren ir á buscar las rejas,
 teniendo las sacristías llenas. Apártese de esta

(1) En castellano.

(2) En castellano.

(1) En castellano.

(2) En castellano el diálogo.

regla mi compadre y su amigo, de quien os contaré una gracia, y es que el fraile capellán fué á dar quejas de él al Conde de Miranda, que es presidente del Consejo Real, que inquietaba el convento y que su monja le robaba para él, por ser provisor. Vino mandado del Conde que no volviese allí más, y, volviendo á reincidir, fué condenado por relapso, y fuéronle á prender; y hallando á D. Pedro, el Cruz, le llevaron á la cárcel, donde estuvo ocho días, hasta averiguarse que no era él; y ahora anda por los atrios y lugares píos, sin valerle. Y fuera casada y fuera á llevarla el marido á merendar con él á su huerta; y por esto hallan los cortesanos más seguro el Prado que el atrio. Y porque yo ponía en memorias estas aventuras, decía el Constantino que juraba á Dios que no se podía vivir conmigo, porque poníamos las faltas de los amigos en crónicas.

Tornando á las malas costumbres, en cuanto cristianos, digo que hay excomunión en todas las iglesias á los que faltan en ellas á las mujeres, que se entiende es solamente conminatoria; y aunque se corrigió mucho, no dejan de decir sus dichos.

Y estando yo en San Martín por la cuaresma,

una embozada fea preguntaba mucho á un hidalgo que no hacía caso, y una vez la dijo: «Es fuerte cosa que me hagan caer en dos excomuniones, hablar en la iglesia y con mujer fea». Y respondió ella: «Harto más descomunión es preguntar á un necio.» Y él replicó: «Que me ahorquen si se hallare una cuerda» (1).

También hay la misma excomunión contra los pobres que piden en la iglesia, que es una grandísima pesadez en Portugal. Otra excomunión y costumbre hay, que es tomar todos agua bendita por su mano y no por el criado, porque parece cosa de poco respeto y es despropósito hacer galantería y cumplimiento de las cosas sagradas, y también es bueno por no suceder lo que decía doña Ursula, que no sabía, cómo habría pegado la sarna al amigo, si no fuera dándole agua bendita.

PINHEIRO DA VEIGA

Trad. de

NARCISO ALONSO CORTÉS

(Continuará).

(1) En castellano el diálogo.



LOS ARTISTAS ESPAÑOLES DEL RENACIMIENTO JUZGADOS POR UN CONTEMPORÁNEO

Cristóbal de Villalón y su «Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente.»

(Conclusión) ⁽¹⁾

II

Debió nacer Cristóbal de Villalón en el pueblo de su nombre ó en el de Valbuena de Duero á principios del siglo XVI. Su madre ejercía allí el oficio de partera.

Estudió en la Universidad de Alcalá, especialmente los clásicos griegos, en los que trabajó con gran entusiasmo. En la de Salamanca dedicóse á la enseñanza, tal vez en el Colegio Trilingüe, conociendo allí á Hernán Pérez de Oliva y

otros humanistas y hombres famosos de su tiempo. En 1539, año que publicó la *Ingeniosa comparación...*, residía en Valladolid. Fué servidor de D. Francés de Navarra, rector de la Universidad de Salamanca, y familiar del erasmista don Alonso de Virués; obispo de Canarias. Antes del año 1552 había recorrido gran parte de Italia, habiendo estado en Palermo, Trápani, Nápoles, isla de Capri, Milán, Roma, Venecia, Lyon y París. Parece que después residió algún tiempo en Flandes. A Inglaterra hizo un viaje en fecha ignorada, durante el cual sufrió una gran tempestad.

(1) Véase el número 165.

Encontramos de nuevo á Villalón el año 1552 en una de las galeras de Andrea Doria, que iban de Génova á Nápoles. Con otras varias, fué la que llevaba á Villalón apresada por los turcos. Fingese éste médico, tratando así de escapar á la atroz vida de los cautivos, no librándose á pesar de ello de empuñar el remo. Tuvo la suerte de tropezar con un libro de Medicina, aprendióle y con los conocimientos en él adquiridos, empezó á hacer algunas curaciones. Llegó con la armada turca á Constantinopla, pasando por Lepanto, Patrás, Puertoleón y Negropono.

Participa allí Villalón de la vida de los cautivos, sufriendo enfermedades y tormentos, hasta que poco á poco y gracias á su ingenio y habilidad en el ejercicio de la Medicina, fué mejorando de suerte.

Cuando después de haber aliviado de un padecimiento á Sinán Bajá, su patrón, podía esperar mejor suerte, vuelve otra vez á sufrir durísimo cautiverio por negarse á abrazar el islamismo, como aquél quería. Va á las ruinas de Nicomedia á traer mármoles para una espléndida mezquita que quería edificar Solimán II; trabaja él mismo, después de haberle vuelto á poner la cadena, en las obras de un palacio que construía Sinán Bajá, cayendo enfermo cuando en ellas estaba, de una peste que se había propagado, á causa de la cual estuvo cincuenta días «sobre un pellejo de carnero que por grande limosna había alcanzado».

Llámanle para curar á una hija del Sultán que no habían logrado aliviar los otros médicos, prometiéndole su amo al conseguir la completa curación de la princesa, la carta de libertad. Enferma otra vez Sinán Bajá y después de acudir á toda clase de médicos y remedios sin resultado, logra curarle de nuevo Villalón. Entonces le concede la carta de libertad y le nombra médico del Sultán, pasando así de la vida de cautivo á una de las situaciones mejores de la corte. Llega á ser entonces el confidente de Sinán y su mano derecha, interviniendo en muchos asuntos de estado.

Muere Sinán Bajá y al reclamar Villalón su carta de libertad, la hija del Sultán ordena que se la nieguen, queriendo así retenerle de médico en Palacio. Determinase entonces Villalón á huir, saliendo disfrazado de monje griego, con otro cautivo, á media noche, de Constantinopla. Aunque perseguidos, logran llegar al puerto de Caballa en donde embarcan para el Monte Athos. Reside en varios de los conventos allí establecidos durante algún tiempo, buscando siempre ocasión propicia para marcharse. Embarca al fin el mes de Febrero de 1555 en un pequeño buque, para ir á la isla de Chios. Levántase una

gran tempestad de la cual se salva casi milagrosamente, llegando á la isla de Schiatto. Vuelve á sufrir otra vez tantas penalidades que piensa en reintegrarse á Constantinopla y pedir perdón de su huida. Pídenle los habitantes de la isla, tomándole por monje, que les confiese, pudiendo escapar de este apuro embarcándose en unos navios cargados de trigo que iban á Metellín. Los persiguen dos naves turcas y Villalón tiene que entregar de su bolsillo cincuenta escudos para que les dejen seguir tranquilos. Pasando por la isla de Lemnos, llegan á la de Chios donde Villalón descansa cerca de un mes, gozando, después de tantos padecimientos, de unos días de vida tranquila. Parte luego para Sicilia en un buque mercante que hace arribadas en Esmirna y el Pireo. Laméntase allí Villalón de la decadencia de Atenas: «Ni en ella ni en toda Grecia hay escuela ni rastro de haber habido letras entre los griegos, sino la gente más bárbara que pienso haber habido en el mundo. El más prudente de todos es como el menos de tierra de Sayago». Llega á la isla de Samos y pasando cerca de Milo, Miconos, Tinos y Delos, donde admiró las ruinas del templo de Apolo, y á vista de Creta y las islas de Zante y Cefalonia, entra en el mar Adriático en el cual sufrió otra terrible tempestad que hizo encallar el navío. Llega al fin á Mesina, teniendo que hacer allí una larga cuarentena después de haber sido apresadas por los turcos las naves, en una de las cuales iba, y libertadas mediante rescate. Emprende el viaje á Nápoles para dirigirse luego á Roma, donde permanece quince días ejerciendo su espíritu crítico en la observación de los vicios y corruptelas de la corte pontificia: «Yo pensaba, escribe, que la galera fuese el infierno abreviado; pero mucho más semejante me pareció Roma».

Visita de paso algunas ciudades, varias de las cuales ya conocía: Viterbo, Sena, en donde admira la catedral, Florencia, Bolonia donde dice que recibió el grado de Doctor en Medicina, Ródena, Arrezzo, Parma, Plasencia, Milán y Génova. Yendo por Casal de Monferrato, Alejandría de la Palla, Novara, Verceli, Turín, Susa, Lyon, Fuenterrabía y Vitoria, llega á Valladolid probablemente á últimos del año 1555.

Carecemos de noticias detalladas de Villalón posteriores á esa fecha. Probablemente residió varios años en Valladolid enseñando Humanidades. En esta ciudad compuso *El Crotalón*, el *Viaje de Turquía* en el que nos cuenta parte de su vida, y el *Libro de las transformaciones*. Antes de su cautiverio había publicado la *Tragedia de Mirra*, impresa en Medina del Campo en 1536; la ya mencionada *Ingeniosa comparación...* en Valladolid, en 1539; el *Prouehoso tractado de*

cambios y contrataciones de mercaderes y reproducción de usuras en Valladolid también, en 1541; y escribió *El Scholástico*, que permanece inédito, á mediados del siglo XVI. El año 1558 publicase en Amberes su *Gramática castellana*, escrita en una aldea, según dice en la dedicatoria, á la que se retiraría á descansar de las fatigas pasadas.

Ignórase la fecha de su muerte.

III

Aun en los momentos más difíciles de su vida conservó Villalón el pleno dominio de sí mismo. El relato que de ella nos ha dejado es la obra de un espíritu curioso de todas las cosas. Por la naturaleza sintió un amor pagano; «gustábase ver en Lombardía las vides trepando por el tronco de los olmos, lo cual le recordaba aquello de Virgilio: *ulmis que adjungere vites*» (1).

¡Lástima que su *Ingeniosa comparación* en vez de ser obra de juventud escrita cuando aún no había salido de España y su espíritu estaba formado más en los libros y en las aulas que en la propia vida, no hubiera sido compuesto en aquellos sus últimos años pasados en Valladolid y en alguna aldea cercana, en el descanso y el recuerdo de tantas aventuras y fatigas pasadas, con el cuerpo cansado y viejo pero con el espíritu siempre abierto y dispuesto á vibrar con cualquier emoción humana! ¡Qué interés tan grande hubieran entonces tenido las observaciones que sobre nuestro arte del Renacimiento habría hecho un contemporáneo suyo conocedor de la acrópolis de Atenas y las ruinas de Delos, el Panteón y las Termas romanas, Santa Sofía de Constantinopla y la infinidad de iglesias bizantinas de la capital turca, Nicomedia y el Monte Athos; las catedrales góticas de España é Italia; todos los admirables edificios, llenos de prestigiosa novedad, que el Renacimiento levantara en Roma, Florencia, Génova y tantas otras ciudades italianas!

Complacémonos en evocar la figura de Villalón en aquellos últimos años de su vida, vuelto á su tierra natal, enseñando Humanidades en Valladolid, no con castigos sino con suaves amonestaciones, profesor y alumnos trabajando juntos en los mismos libros, conforme á los preceptos que él expusiera en *El Escolástico*; acostumbrando «por recrear el espíritu y sacarle á espaciar, de salirse por las aldeas cercanas ó huertas deleytosas que la ciudad tiene alrededor de sí». Vémosle descansando en una aldea cercana, «mu-

chas veces retraído en mi cámara, rodeado de libros», como él mismo dijera, sin poder ya librarse de ese áspero placer del ardor intelectual, regocijándose seguramente en la contemplación de la sobria y severa llanura castellana, interrumpida de vez en cuando por los grupos de verdes álamos, contemplados con un placer análogo al que le produjera años antes el ver en Lombardía las vides trepando por el tronco de los olmos.

COMPARACIÓN

entre los sabios antiguos y presentes: en la qual se disputa quando ouo mas en todas las ciencias y artes.

DIÁLOGO

Interlocutores: GASPAR.—HIERÓNIMO

Hierónimo.—... Pues si defendemos á las artes mecánicas, veréys con cuánta ventaja nos excedieron los antiguos.

Primero vengamos á la Arquitectura y arte de edificios, & aquellos varones que señaladamente se mostraron sabios arquitectos; ¡quán brutos nos parecerá que somos los De los arquitectos. de agora! Leemos en Plutarcho en la *Vida de Marcelo*, de aquel sabio Archimedes, arquitecto eminentísimo, que por la industria de su arte defendió de los romanos tres años á Siracusa, estando sobre ella el cónsul Marcelo, porque lo que los enemigos destruyán de día, lo restauraua él de noche con muy fuerte edificio de instrumentos bélicos, con los cuales conseruó la ciudad hasta que se dieron á los enemigos por falta de bastimentos. Aquel excelente varón Demócrates cercó de muro inexpugnable la ciudad de Alexandría. Y Spintaro, y Aganides, y Trophimo, edificaron aquél tan admirable templo de Apolo en Delphos. Ctesiphon edificó en Epheso aquel me- Plin, libro 36, capítulo 14. morable templo de Diana, de

artificio maravilloso, en dozientos y veynte años, de espensas de toda la Asia. Otros dicen que fué el que la hizo Archiphron, y que tenía ciento y veynte & siete columnas de á sesenta pies de alto, de las cuales las treynta y seys eran de maravilloso artificio labradas, que cada Rey de los que sucedían hazían la suya. Y Meleageno, el que edificó el sagrario de Minerua en Priena. Y Scopas, y Briaxis, y Thimotes, y Leochares, todos juntos esculpieron aquel admirable sepulchro de Artemisa, en Caria. A la parte del Oriente labró Scopas; á la del Septentrion, Briaxis; á la del Mediodía, Thimotes; á la del Occidente, Leochares.

(1) D. M. Serrano y Sanz. Introducción á la *Ingeniosa comparación*...

Y aunque Artemisa murió antes que se acabase, no cesaron por eso los oficiales, por sólo el interés propio de su gloria. Otros muchos fueron los que por la abundancia de su saber nos dexaron escritos grandes volúmenes en este arte por dexar fama de sí y memoria de su sciencia: como fueron Zenodoto, Hermógenes, Agatarches, Demócrito, Anaxágoras, Dédalo, Sileno y Bitrubio, Theodoro & Philo. Pues si agora truxésemos á la memoria los particulares edificios que en diuersas prouincias dexaron para manifestar lo mucho que ellos sabían, nunca pensaríamos acabar: de solos siete quiero dezir que por admirables los nombran «Los siete milagros del mundo».

Los siete milagros del mundo. El primero es en Egipto, la ciudad de Tebas, de grandeza nunca oyda, que se lee tener el muro cien puertas de excelente artificio labradas, cada una de diferente laour. El segundo es el muro de la ciudad de Babilonia, hecho de ladrillo por arte marauillosa. El tercero era aquel admirable sepulchro que Artemisa hizo á su marido Mausolo, en la excelencia del qual edificio procuró mostrar lo mucho que amó á su marido cuando biuó. El quarto eran las pirámides de Egipto, cuya obra sobrepujaua á qualquiera otra hecha por manos de hombres, de la qual dize Diodoro Siculo que le faltan palabras con que los encarecer. El quinto es el Coloso de Rhodas, que era la ymagen del Sol, del qual dize Suydas historiador que se llamó Coloso por razón de su artífice, que así se llamó, y otros dicen que fué Chares Lydo, discípulo de Lysipo. El sexto era el Capitolio romano, cuyas reliquias vemos hoy por espectáculo admirable. El séptimo son las termas Dioclecianas, de las quales se nos muestran agora en Roma admirables reliquias junto al templo de Sancta Susanna. También contauan entre éstos á Memphis y el templo de Júpiter Ammón en Egipto. E porque no se diga que los historiadores antiguos, por engrandescer á los successores su antigüedad, dexaron encarecidas estas cosas conforme á su affición, miremos algunos edificios que tenemos de los antiguos ante los ojos á quien con alguna curiosidad los quisiere ver, algunos de los quales están enteros y otros en pedaços de cimientos y ruinas de edificios; podemos conjeturar de su apariencia lo mucho que pudieron ser en su fresca y entera fundación. Vean á Puzol, y la gruta de Nápoles, y el Coliseo de Roma, y el Septizonio que hizo Seuero, y el aguja que está cabe Sant Pedro, que según dicen fué trayda por la mar de Egipto y subida al Vaticano y enhestada sobre otra que está debajo, y sabemos que el Papa Sixto daua mil ducados por cada passo que se la lleuassen hasta ponerla en la plaza de Sant Pedro, y no

ouo quien lo osasse emprehender. Pues si venimos en España, hallaremos alguna semiente de aquéllos que muestra bien su grandeza, como la puente de Alcántara y la de Segouia, que espanta la sublimidad de aquel edificio que hizieron para sólo traer vn conducto de agua para la prouisión de la ciudad.

Pues vengamos á los pintores & pinturas antiguas; ¡con cuánta ventaja nos **De los pintores.** excedieron en industria y curiosidad!; porque aquéllos de noche y de día sepultados en unas hondas cuevas, no salían de allí hasta que en muy admirable perfección contrahazían á naturaleza que nos crió, por largo tiempo borrando y rehaziendo sin nunca se cansar, y reprehendían mucho á los que se preciauan hazer aquellas obras en breue. Así leemos en Plutarcho que vn pintor mostró á **Plutar., De liber. educ.** Apeles vna ymagen que auía hecho, y preciándose como de gran cosa, le dixo:

—Maestro, en breue tiempo la he hecho:—al qual él respondió:—Y aunque tu lo callaras, yo lo quería dezir, porque en la pintura lo conocí. —Por refrán se traya entre los antiguos quando hablauan deste varón; dezían:—Apeles no sabe lleuantar la mano de la tabla,—dando á entender que se preciaua tanto hazer sus obras perfectas, que no sabía leuantar la mano, porque aun en largo tiempo no se podía contentar. E avn después desto, sacaua sus tablas á la plaça ó calles públicas y poníase detrás por ver qué tachauan los que passauan, por lo corregir. Pero los pintores de agora no lo hazen así, mas con la mayor breuedad que pueden trabajan por acabar sus obras sin industria ni curiosidad, y luego buscan á quien las vender. Era tan grande la excelencia deste buen Apeles en el arte, que sólo consintió Alexandre que él le pintasse. E sobre todas sus obras, leemos de un Júpiter Olímpico que pintó que tenía vn rayo en la mano con que amenazaua los hombres, que no auía quien le viesse que no juzgasse tener la mano y el rayo en gran distancia fuera de la tabla: tan biua era la prespectiua que le dió en la pintura. Leemos en Plinio que en la olimpia **Plin., libro 35, cada nouenta & cinco fueron pitulo 10.**

dos pintores, el uno Zeuso y Timantes, los quales en excelencia excedieron á muchos de aquel tiempo en aquel arte. Zeuso pintó en disputa con Parrhasio en vna tabla vn mocho con vna cesta de hubas en la cabeça, que todos los páxaros que la vían, burlados de la perfección de la pintura, se bajauan á las comer. Y Parrhasio, en la mesma competencia, pintó las sangrientas batallas de Troya, con aquella ferocidad de cauallos con que se podía imaginar, y después fingió encima vn delgado velo con que las mostró cubrir,

y era tan grande la excelencia, que en el arte mostró estar tras el lienço el pintor, que no auía hombre que viesse aquella tabla, que con desseo de gozar bien della no se fuesse luego á la descubrir, el qual desseo hizo que Zeuso diesse la ventaja á Parrhasio quando se sintió burlado del cendal. Del Timantes, leemos vna pintura nunca acabada de engrandescer de los oradores, & fué quando los griegos sacrificaron en Aúlida á Iphigenia, que después que ouo pintado muy triste á Vlixes y más á Menelao, queriendo pintar sobre todos triste á su padre Agamenón, le pintó como que se limpiaua con vn paño los ojos, cubierto todo el rostro, remitiendo al juyzio del discreto juez lo que con el pinzel no pudo mostrar. Dexo de contar grandezas de Policeto, y de Aglaophón, de Canacho, de Prothógenes, de Nicomacho, de Aristides y de otros muchos varones que en la pintura se señalaron con tanta ventaja en la antigüedad, que los de agora no merecen su comparación.

De la estatuaria.

¿Pues en la estatuaria qué diría si me quisiese detener?

Praxitelles fué tan admirable en su arte, que espantaua los hombres; esculpió en Choo una ymagen de la diosa Venus, cuya hermosura nunca pudo ser imitada de pintores ni estatuarios. De Calicles leemos que esculpió vnas hormigas de mármol de tan pequeños cuerpos, que no se podían deuisar los miembros. En poder de nuestro estatuario maestre Phelipe he yo visto vna ymagen de Porcia, mujer de Bruto Romano, que dize serle dada al Emperador, la qual es hecha de vn género de mármol que no alcançan agora los hombres herramienta con que se pueda labrar, sino con puntas de diamante, y avn con ellas en gran tiempo; & se della dezir que no parece ser obra de hombre mortal, porque el artifice la esculpió desnuda comiendo las brasas, y puédesse gozar todo el cuerpo por delante y por detrás, y muestra aquellas venas, arrugas y puestos de miembros tan al natural, que parece que naturaleza quiso hacer hombres de mármol como los hizo de carne, para mostrar su poder. Diógenes Laercio escriue que el philósopho Sócrates fué muy señalado en esta arte, y que esculpió muchas piedras muy admirables, las quales pusieron los athenienses en su torre principal, por le dar galardón.

Hierónimo.

Pues desta mesma manera, si queremos mirar particularmente en cada ciencia y arte, hallaremos tan proueydo el mundo, que creo yo que los que están porvenir no nos ternán en menos veneración que la que nosotros tenemos á aquellos que fueron muy señalados en la

antigüedad; lo qual hallaremos ser assí si descubriremos por cada vna de las otras ciencias y artes, como vos, señor Alberto (dixo Guillermo), auéys hecho hasta aquí. Podemos traer muchos que en la Pintura, en la Ar-

De la pintura.

chitectura & Música, y en otras qualesquiera machinas, exceden á los antiguos sin comparación. En la Italia están quatro varones: Raphael Urbino, y el Bacho, y Michael Angelo, y Alberto, que de todos quatro oso dezir que remedan á Naturaleza en el pintar, y no puede el arte subir en más perfección. Michael Angelo pintó en vna capilla del Papa Clemente en las bóvedas y claues figuras de admirable espíritu, entre las quales está en el dibujo la primera persona de la Trinidad, que muchos (aunque por experiencia saben que es pintura) temen quando allí entran, como si estuuiese allí biuo el mesmo Dios: tanta es la majestad que le dió el pintor. Aquí, en Valladolid, reside Berruguete (1), que los hombres que pinta no falta sino que Naturaleza les dé espíritu con que hablen, el qual ha hecho un retablo en Sant Benito, que auéys visto muchas vezes; que si los Príncipes Philippo y Alexandro biuieran agora, que estimauan los trabajos de aquéllos de su tiempo, no ouieran thesoros con que se le pensaran pagar; y como los hombres de agora, por la bieuza de sus juyzios passan adelante, avn le hechan de ver. El Comendador mayor de León, Francisco de los Cobos, traxo aquí asalariados de Italia dos ingeniosos mancebos, Julio y Alexandro, para labrar sus casas, los quales hizieron obras al gentil y antigüedad, que nunca el arte subió á tanta perfección. Pues en los ingenios y bieuzas que vemos en las tapicerías de agora, ¿quién no dirá que excedemos á lo antiguo sin comparación? Pues en la estatuaria tiene nuestra

De la estatuaria.

España á maestre Phelipe y á Syloe, que su excelencia alumbray esclarece nuestra edad, porque ni Phidias ni Praxiteles, grandes estatuarios antiguos, no se pueden comparar con ellos. En Burgos biue un varón llamado Andino, que labra de hierro, que después de auer hecho admirables obras en España, á hecho en Medina de Rioseco, por mandado del Almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez, vna rexa en el monasterio de Sant Francisco, cuya obra, á mi ver, excede á los siete miraglos del mundo, y

(1) En el ejemplar de la *Ingeniosa comparación* que se conserva en el Museo Británico, hay una nota manuscrita, letra de últimos del siglo XVI, que da esta noticia de Berruguete: "Deste descendió D. Alonso de Herrera, caballero de la Orden de Santiago, que se casó con la hija de Juan de Soria, del Consejo de Hacienda. Tienen sus casas de mayorazgo junto á San Juan,." (Nota de D. M. Serano y Sanz).

pésame porque no tengo lengua bastante con que la pusiese en su merescer. Y también labró en aquella mesma capilla vn sepulcro de metal, de más alto artificio que fué aquel que Artemisa edificó á su marido el Rey Mausolo, por más que los antiguos en sus historias le trabajen encarescer. Viue Saluador, official del Emperador, que en el mundo en labrar el hierro no ha auido en los passados su par. En Augusta, pueblo de Alemaña, biue maestre Colman, que parece que el azero se le conuierte en cera para labrar arneses conforme á la fantasía de cada qual, como muestra en muchas pieças que se ven en la armería de Su Majestad. ¿Qué os podría dezir de los que forjan sablas en Turquía, que de azero las couierten en la fortaleza del diamante? Pues

en la Architectura no han faltado varones en estos tiempos que se ayan señalado en edificios. ¿Qué Memphis ó qué Pirámides se pueden comparar con el monasterio y colesio de Sant Pablo, aquí en Valladolid? ¿Y qué edificio de más excelencia que el colesio que hizo aquí el reuerendíssimo Cardenal D. Pero Gonçález de Mendoça, é con las casas que hizo aquí el Conde de Benaute, y el palacio imperial que hizo Francisco de los Cobos? Los Cathólicos Reyes fundaron en Compostela vna casa para peregrinos que excede aquel antiguo Dionisio de Rodas. De la iglesia de Toledo ¿quién tiene lengua para dezir? ¿Y de la de Seuilla? ¿Y de la de León? de la qual dizen que marauillosos artifices de plata no pueden más fabricar. Pues lo que muestra la de Salamanca, y la majestad que llena la de aquí, que de continuo que la veo me parece que queda muy atrás el templo que los antiguos nos pintan que fué de Apolo en Delphos, ó aquél que engrandescen los historiadores dedicado á Diana en Epheso. En Alcalá de Henares, en el Colegio de Sancto Elifonso, está vn sepulchro de alabastro del reuerendíssimo Cardenal Fray Francisco Ximénez de Cisneros, Arçobispo de Toledo, el qual es edificio de grande admiración. E si ouiesse de relatar todos los notables edificios que agora se han hecho en Castilla, pensaría nunca acabar. De

obras de plata tres he visto yo que, entre otros grandes tesoros, destas sé dezir que en el mundo no tienen par: la custodia de la iglesia de León, en Castilla, que tiene quatrocientos marcos de plata; y la de Córdoua, que tiene quinientos marcos; y la de Toledo, que tiene ochocientos, que muestran con sus cruces ser del mesmo artifice, que parece exceder á la antigüedad. ¿Qué cosa puede auer de más admiración que auer hallado los hombres industria como por vía de vnos reloxes, que unas ymágenes y estatuas de madera anden por vna mesa sin que ninguno las mueua, y juntamente, andando, tañan con las manos vna vihuela, ó atabal, ó otro instrumento, y vuelua vna vadera con tanta orden y compás que vn hombre biuo no lo pueda hazer con más perfección? ¿Y qué cosa puede ser más subtil que vn retablo que trayan vnos estrangeros el año pasado, en el qual, siendo todas las ymágenes de madera, se representauan por artificio de un relox marauillosamente, porque en vna parte del retablo víamos representar el nacimiento de Christo, en otra auctos de la Passión, tan al natural, que parecía ver lo que pasó?

. Dexo de dezir cuánto aya subido en polidez y primor la laur del vidrio de Génoua, Venecia, Barcelona y Cadahalso, donde por la industria de los hombres se contrahacen muchas piedras orientales en toda perfección, y las diferencias de los clarificados esmaltes. Pues ¿qué podría dezir de las labores y artificios del yesso, que han venido á vaziarle como plata y otros metales en la fundicion, donde han labrado admirables estatuas en la imaginería, que no se pueden más pulir con ningún cinzel, y también le labran al torno para pilares, bases y chapiteles con mucha perfección? Están tres hermanos en Palencia, que se llaman los Villalpandos, los quales, en esta arte de labrar el yesso, admiran tanto los hombres, que comparado con su obra lo viejo, parece ser digna de burla la antigüedad. . .

LEOPOLDO TORRES CAMPOS y BALBÁS.

